

Antología poética

Juan Eduardo Cirlot

Nota preliminar.— Para la reproducción de los textos se han tenido en cuenta las siguientes ediciones de la poesía de Juan Eduardo Cirlot: *En la llama. Poesía (1943-1959)*, ed. Enrique Granell, Madrid, Siruela, 2005; *Bronwyn*, ed. Victoria Cirlot, Madrid, Siruela, 2001; *Del no mundo. Poesía (1961-1973)*, ed. Clara Janés, Madrid, Siruela, 2008.

ÍNDICE

Pájaros tristes y otros poemas a Pilar
Bayona A. A. Skrjabin

Seis sonetos y un poema del amor celeste
La Oración en el Huerto

Oda a Ígor Strawinsky y otros versos
Berceuse

Árbol agónico

El poeta
La esposa
Osiris (Mito del poeta)

En la llama

Poema perpetuo

Canto de la vida muerta

Homenaje

Cordero del abismo

Ángeles

Donde las lilas crecen

Dream

Susan Lenox

[Susan Lenox]

Elegía sumeria

Introducción

Diariamente

Ciudad de ceniza

Lilith

Lilith

Ontología

98
111

7 homenajes

A Raimundo Lulio

13 poemas de amor

Dragón de flores rojas

Libro de oraciones

A la Virgen María

A san Miguel Arcángel

Segundo canto de la vida

muerta [Mi dispersión me rompe en mis ideas]

[Yo vivo en una casa sin jardín]

El palacio de plata

[El palacio de plata]

Cuarto canto de la vida

muerta [Cuando al atardecer yo despedazo]

[La muerte abre los ojos]

La dama de Vallcarca

[Atraído por el lugar y el olvido...]

[Pasan zafiros entre los huesos rotos...]

[Todo está preparado en el jardín...]

[Y oigo silbar. Oigo silbidos...]

[Los círculos y círculos se enhebran...]

[Ahora todo cambia...]

Los espejos

[Es como el *Reitersiegel* de Marburg]

Las oraciones oscuras

Las oraciones oscuras

Oración

Letanías

Las hojas del fuego

[No olvidar es la fórmula, no hay rito]

Bronwyn, III

[En la música flotan piedras multicolores...]

[Una espada es un alma en pena...]

Bronwyn, IV

[Espirales, no esvásticas, de niebla]
[He grabado las piedras con tu nombre]

Bronwyn, V

[Te amo al atardecer cuando estoy muerto]

Cristo, cristal

Cristo, cristal

Bronwyn, VI

[Solo somos espejos frente a frente]

Bronwyn, VII

[Un altar es un bosque, y es un bosque]

Bronwyn, z

[Me circundan «objetos» que son parte]

Poemas de Cartago

Elegía cartaginesa

Hamlet

[Tiniebla y claridad. Ser y no ser]
[¿Cómo voy a perder lo que no existe?]

Del no mundo

[El origen del mal no es un misterio...]
[Somos lo que tenemos más o menos continuamente...]
[La que llamo Bronwyn, en poesía...]

Bronwyn, x

[Dispongo del instante de los muertos]

Con Bronwyn

[Nunca supe quién soy]
[Estoy en un espacio que no puedes]

V canto de la vida muerta

[Pienso en su corazón lleno de encajes]

Los restos negros

[Si la palabra puede ser poder]

Orfeo

[Irse a la eternidad fuera del mundo]

Bronwyn, w

[Contemplo con mis días que se alejan]
[Bronwyn de las estrellas funerarias]

La quête de Bronwyn

[Un ruido me ha dejado entre las ruinas]
[Brillante Bronwyn, Bronwyn del abismo]
[Los cisnes son las alas de las almas]

44 sonetos de amor

XXVI
XXVII
XLIV

Inger, permutaciones

I

***Ocho variaciones fonovisuales sobre el nombre
de Inger Stevens***

(2)

Non serviam

[Todo el poder de ser está en perderse]

Perséfone

[La reina del infierno me ha mirado]

[Últimos poemas]

Visio smaragdina

Pájaros tristes y otros poemas a Pilar Bayona

([1942] 2001)

A A. SKRJABIN

Rodeado de rosas negras, de misterios
de llamas en sombra, dulcemente
vertido en éxtasis nocturnos
—flor de almendros—
y estrellas, y pájaros,
llanuras en silencio.
¡Nieve o fuego!
Delirio de ramas y de dedos
¡Dulce Skrjabin, desangra tus anhelos!
despierta cabelleras en las arpas, bajo lunas, o nubes
Movimientos
de ti, de tu alma tan concreta en el ensueño.

Seis sonetos y un poema del amor celeste

(1943)

LA ORACIÓN EN EL HUERTO

Mi alma está triste hasta la muerte,
mi alma pálida e inmensa como el cielo,
como el cielo del atardecer del mundo,
de este mundo subceleste y triste.
Porque solo la sangre y el silencio,
la sangre de esta tierra atormentada,
de esta sombra oscura y pedregosa
responde a mi dolor en este huerto.
En este huerto sin manzanas, con olivos
sarmentosos, sin luz, solo tormento
antiguo de la carne que creaste
para el llanto y los besos destruidos.
Sin alas, con débiles cabellos,
para soportar tu luz exasperada,
con manos como garras o raíces,
con ojos de agonía y de lamento.
¡Padre! ¿Por qué me has abandonado,
a este turbio dolor de barro y viento,
a esta atmósfera de pájaros perdidos,
sobre el mar de su eterno errar incierto?
Los abismos son tuyos, las miradas
de estos seres dolientes e imperfectos,
crucifican mi amor en tu silencio
extendido en el azul devastador.

¡Padre! Padre de todos los corderos,
Padre de las rosas, y de las playas,
Padre de los toros y de los desiertos,
Padre de los hombres, Padre mío,
¿por qué me has abandonado al sufrimiento?
Mírame con tus ojos donde brilla
la Eternidad dulce y completa,
mírame con tus ojos indecibles
donde nacen los astros incendiados
y esa llama perpetua que deshace
mis manos humanas en anhelo enorme.
¡Sí! ya escucho tu voz en el misterio
de esta calma tremenda que me oprime.
La oigo entre el rumor desesperado
de mis propios pensamientos.
TÚ: YO MISMO. ¡Sufro y canto!
fuerte y vivo entre las ramas dolorosas,
de estos árboles erguidos como ángeles
en sombras reclinadas y caricias
sobre el mar petrificado que camino,

para encontrar las víctimas oscuras
y sufrir con ellas su martirio.

Aquel castigo antiguo y repentino
de paraísos soñados, frutales y perdidos,
con arcángeles ardiendo las armadas
frentes impasibles y agudas como dardos.
Aquel temblor sollozante de las venas
al oír su vida infinita destituida,
crispa ahora hasta las duras piedras
que ensangrienta mi llanto y resquebraja
la paz de esta noche tan ausente,
como aquella primera aurora del destino.
¡Horizontes! ¡abrid vuestras murallas!
Yo quiero que todos los maderos,
se yergan esperando palomas derramándose,
¡palomas de sangre en la sangre!
y dedos de hierro agarrotados,
a tus manos de lirio y de contacto,
y bocas de furia y llamarada,
besen tu amado corazón de hombre,
cuando ya tus cabellos desprendidos
sean la misma tarde de tu muerte.
¡Hijo mío! ¡Luz! tristeza de la forma
de mi propia tristeza derramada,
¡llanto sobre las flores y sobre las estrellas!
porque mi alma está triste hasta la muerte
hasta tu muerte que es la muerte de este mundo,
¡tuyo ya infinitamente!
Y en la aurora de todos los caminos,
cuando del polvo fulgurante y de la angustia
lacia del crepúsculo perfecto,
surjas, ¡Verdad! y ¡horror transfigurado!
a través del mar que hice silencio,
sobre los párpados cerrados de los niños,
ya el cielo será tan dulce como tu frente,
y en ti yo habré muerto y sufrido,
redimiendo mis sueños y el divino
dolor de las entrañas mías,
creará nuevamente el Paraíso.

Sí, mi mejilla nocturna al sacrificio,
ofrece su dulzura de pájaro y gemido.

Oda a Ígor Strawinsky y otros versos

(1944)

BERCEUSE

Adolescentes rotos
flotan dulcemente en esta niebla
que moja mis manos y mi pecho
donde crecen los árboles tristísimos
de un mundo inerte, con ruinas que se mecen
en una canción no cantada por nadie.

Llegan suaves las barcas del silencio
como se fueron. Cada una
con su pálida doncella y su pequeño
pájaro muerto.

La noche me comprende y yo la escucho
llorar en esta calma caída en mis orillas,
porque acaso no es solo la esperanza
la enternecida madre que besa nuestros párpados.

Y hay caminos cortados que nos llaman
como dulces campanas infantiles,
caminos por donde vamos de la mano
de nadie hacia la nada.

La niebla lentamente va inundando
los valles y las frentes.
Adolescentes rotos
arden silenciosos en sus manos,
tan oscuras como esta voz que se pierde,
pero no tan dolorosas. Sí, estas destrozadas ramas
a través de las que se verían estrellas,
si no fuese porque la soledad nos hizo ciegos.

(Yo tengo en mis cuencas vacías
dos rosas nacidas de mi llanto).

La noche me comprende y yo la escucho
caer sobre mis sienes desgarradas,
porque acaso es tan solo en el abismo
donde nacen los trémulos ríos que atraviesan el desierto.
Y, eternamente, como se fueron,
llegan las barcas del misterio,
con la pálida doncella de las trenzas de ceniza,
con su pequeño pájaro muerto.

Árbol agónico

(1945)

EL POETA

Ese hombre de cabellera dispersa, no es otra cosa que el exhumador de un mundo antes irredento. Ha aprendido, sufriendo, fórmulas mágicas que los otros desconocen: conjuros para evocar y recrear las danzas interiores.

Razas sordomudas, perdidas en sus parajes profundos, cobran voz bruscamente y, desde el valle dormido bajo la niebla, ese coral suena iluminando regiones desoladas o magníficas. Así, hasta que toda la tierra se convierte en eco.

LA ESPOSA

Tú sola eres mi mundo,
mi tierra desceñida de sombra
esbelta. Aparecida
entre un rumor de manzanas abiertas.

Tú eres mi cuerpo que no tengo,
mi firme dulzura descifrable
de sol terrestre.

Mi blanca pradera, desde siempre
preparada y joven.
Tú eres mi cercado encanto,
mi música absoluta y detenida,
mi nieve adolescente.

Desnúdate en mis ojos. A mis labios
ven como el almendro o la paloma
y deja que mis sienas oscuras
enciendan sus jazmines domésticos.

OSIRIS (MITO DEL POETA)

Yo hablo desde el corazón del pájaro.
Yo hablo desde la arena de la muerte.
Yo hablo desde la rosa profunda
donde rueda un sollozo interminable.

Hablo para las duras adelfas.
Hablo para los blancos esqueletos.
Hablo para los despiadados ríos
que trasvasan la sangre del Incendio.

Y gimo en las montañas tercas,
en las llanuras de frente desolada,
en los espacios que crea mi lenguaje,
como un dios mutilado y repartido.

En la llama

(1945)

POEMA PERPETUO

He mirado despacio la grave lejanía
desesperadamente solo la he mirado
hasta que he visto al mundo convertirse en topacio
hasta que el mismo espacio se ha transmutado en piedra.

En medio de las grandes tormentas transparentes
en medio de esa plaza donde concluye el cielo
y las calles del cielo y sus círculos blancos
lentamente he mirado la hiriente lejanía.

He mirado tus ojos sin amor y sin árboles
el delicado hierro de tu fría mirada
la fragancia serena de su cruel mensaje
el perdido aleteo de sus confines últimos.

Una luz inhumana venía de esa línea
donde quiere el paisaje morir despachado.
Espadas intocables temblaban como espuma
en el alto cordaje de los cirros inmóviles.

Las rosas no tenían sentido ni respuesta.
Una brisa delgada poseía a la tierra
traspasando la calma de su inmutable yelo
sobre el que me levanto como estatua de plata.

Mis miradas emiten sonidos indecibles
en mis sienes deslumbran los almendros en flor.
En medio de las grandes tinieblas transparentes
existo entre las alas con mi misterio atento.

Al misterio desnudo que en este espejo escribe.
He mirado despacio la grave lejanía
desesperadamente solo la he mirado
hasta que he visto el mundo convertirse en topacio

Hasta que el mismo espacio se ha transmutado en piedra

.....
.....
.....

Canto de la vida muerta

(1946)

HOMENAJE

«¡Homenaje a la montaña de Ormuzd,
de donde descienden las aguas a la tierra!
¡Homenaje a mi propia alma!»

Zend-Avesta

Mi alma es la ventana donde muero.
Mi alma es una danza maniatada.

Mi alma es un paisaje con murallas.
Mi alma es un jardín ensangrentado.

Mi alma es un desierto entre la niebla.
Mi alma es una orquesta de topacios.

Mi alma es una rueda sin reposo.
Mi alma son mis labios que se abren.

Mi alma es una torre en una playa.
Mi alma es un rebaño de suplicios.

Mi alma es una nube que se aleja.
Mi alma es mi dolor, mío, por siempre.

Mi alma es el naranjo azul que arde.
Mi alma es la paloma enajenada.

Mi alma es una barca que regresa.
Mi alma es un collar de vidrio y llanto.

Mi alma es esta sed que me devora.
Mi alma es una raza desolada.

Mi alma es este oro en que florezco.
Mi alma es el paisaje que me mira.

Mi alma es este pájaro que tiembla.
Mi alma es un océano de sangre.

Mi alma es una virgen que me abraza.
Mi alma son sus pechos como astros.

Mi alma es un paisaje con columnas.
Mi alma es un incendio donde nieva.

Mi alma es este mundo en que resido.
Mi alma es un gran grito ante el abismo.

Mi alma es este canto arrodillado.
Mi alma es un nocturno y hay un río.

Mi alma es un almendro de oro blanco.
Mi alma es una fuente enamorada.

Mi alma es cada instante cuando muere.
Mi alma es la ciudad de las ciudades.

Mi alma es un rumor de acacias rosas.
Mi alma es un molino transparente.

Mi alma es este éxtasis que canta
golpeado por armas infinitas.

Cordero del abismo

(1946)

ÁNGELES

Ángeles con coronas de yerba.
Ángeles como inmensos paisajes.

Ángeles como rayos erguidos.
Ángeles con vestidos de llamas.

Ángeles en el muro del odio.
Ángeles como rosas azules.

Ángeles de los lagos profundos.
Ángeles con los pies encendidos.

Ángeles con cabellos de hielo.
Ángeles con rumor de manzano.

Ángeles en la flor de los días.
Ángeles golpeando las frentes.

Ángeles de cristal y de aire.
Ángeles como manos de plata.

Ángeles con los brazos de humo.
Ángeles, o sonrisas, o ausencias.

Ángeles como lámparas de oro.
Ángeles recogiendo las brisas,

Dulcemente.

Ángeles llorando en mi ventana.
Ángeles violetas y desnudos.

Ángeles con pálidas heridas.
Ángeles ardiendo como flores.

Ángeles surgidos de la sombra.
Ángeles del fondo de las piedras.

Ángeles de vidrio sonrosado.
Ángeles parados en el aire.

Ángeles cayendo hasta mis luchas.
Ángeles con hoces de diamantes.

Ángeles de pie sobre la lluvia.
Ángeles de hierro transparente.

Ángeles severos como águilas.
Ángeles altísimos y mudos.

Ángeles con alas de paloma.
Ángeles de las horas glaciales.

Ángeles o círculos radiantes.
Ángeles cantando entre mis labios,

Dulcemente.

Ángeles abiertos como cisnes.
Ángeles sobre un mar de ceniza.

Ángeles como nubes lejanas.
Ángeles, o miradas, o besos.

Ángeles temblorosos y puros.
Ángeles de jazmines y lirios.

Ángeles con violines de fuego.
Ángeles de rubíes celestes.

Ángeles como un éxtasis rojo.
Ángeles de mi sangre infinita.

Ángeles con espadas de niebla.
Ángeles del final de los tiempos.

Ángeles: conjunciones rugientes.
Ángeles como fuentes de perlas.

Ángeles de la calma absoluta.
Ángeles de la furia amorosa.

Ángeles de color amarillo.
Ángeles abrasando mis párpados,

Dulcemente.

Donde las lilas crecen

(1946)

DREAM

A veces
sueño con Inglaterra (litorales,
comarcas azuladas).

Tú resides
en la casa vecina. Crecen lilas
casi junto a las olas desoladas.

Vivimos en un mundo
donde el amor no necesita apenas
sentirse desgraciado para serlo.

Susan Lenox

(1947)

[SUSAN LENOX]

«Siduri, la del cabaret, habitaba
cerca del mar inaccesible»
(Poema de Gilgamesh)

«Oh, gran cuadrado sin forma.
Oh, gran vaso inconcluso»
Lao-Tsé

Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino
como otras tantas tardes. La tristeza,
la tristeza de muchas cosas muertas,
perdidas o no sidas, me acompaña.

Niebla, niebla.
La sombra baja lenta como un río;
su invasión me atenaza.
Ni música de jazz se oye a lo lejos
y un silencio infinito me circunda.

Da lo mismo.
Las horas que han pasado no me importan,
no me importan las horas ni los días,
los días que han pasado, ni los años.
Da lo mismo.
Niebla, niebla.
Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino.

Como otras tantas tardes, la tristeza,
la tristeza me mira dulcemente
con su clara mirada, como tantas
otras tardes.

No sé qué me sucede. Es un sonido,
un sonido de lluvia el que aparece.
Niebla, niebla.
No sé qué me sucede; como un río
la tristeza de muchas cosas muertas
aparece.

No sé qué me sucede; es un recuerdo,
un sonido de lluvia o de cortina.
En efecto,
la cortina, a mi lado, lenta oscila;
la cortina de alambres y bambúes.

Ni música de jazz se oye a lo lejos.
Da lo mismo, lo mismo.
La tristeza me mira; es un sonido,
un sonido de lluvia o de cortina.
En efecto,
la cortina, a mi lado, en la ventana,
en la ventana muerta, leve oscila.

Oscila, sí, recuerdo; es un recuerdo.
Había una gran sala abandonada,
una sala perdida entre la niebla
de pálidas cortinas como esta,
mujeres que llevaban en el pelo
suaves flores doradas o amarillas.
Niebla, niebla.
Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino.

Como otras tantas tardes, una sala,
una gran sala ausente donde había
mujeres que llevaban en el pelo
las flores amarillas.

Como otras tantas tardes de silencio,
un silencio infinito me circunda.
La tristeza me mira; es un sonido.
Sí, la cortina suena. No es el aire,
el aire no la empuja, es la tristeza,
la tristeza como otras tantas tardes.

Recuerdo aquella sala rodeada
de pálidas cortinas. Ella siempre
vivía entre la niebla, entre la niebla.
Da lo mismo.
Las horas que han pasado no me importan,
no me importan las horas, ni los días,
los años que han pasado, ni las horas;
ni las eternas horas solitarias.

Niebla, niebla.
No sé qué me sucede; es un recuerdo.
Recuerdo las palabras del poema:
Siduri; la del cabaret, vivía
Susana, no Siduri. Sí, Susana,
cerca del mar inaccesible y puro.

Da lo mismo Siduri que Susana,
Caldea que Cartago o Barcelona,

las islas del Pacífico o Long Island,
que China; hay una sala abandonada.

No sé qué me sucede; es un recuerdo.
El recuerdo de muchas cosas muertas,
perdidas o no sidas. Niebla, niebla.

Niebla, niebla,
como otras tantas tardes, como un río,
Susana se llamaba.
Ni música de jazz se oye a lo lejos;
da lo mismo, lo mismo.

Ni música de jazz. Ella, la dulce
no tuvo otra canción que este sonido
de lluvia o de cortina que prosigue
como un recuerdo suyo no olvidado.

La sala; sí, la sala. Las mujeres,
las pobres entregadas a las fiestas
más tristes de la tierra; las mujeres.
Como otras tantas tardes, la tristeza,
como otras tantas tardes, un recuerdo.

Un recuerdo de amor, constantemente,
constantemente asido a mi memoria.
La imagen repetida del cabello,
la luz de las estrellas en sus muslos,
la luz de las miradas, el silencio
debajo de su voz grave y lejana.
Da lo mismo.

Susana sonreía. Niebla, niebla.
Susana en el cristal del horizonte,
Susana en la gran sala abandonada,
Susana con sus flores amarillas,
sonreía.

Ni música de jazz se oye a lo lejos.
Como otras tantas tardes, un silencio,
un silencio infinito me circunda.
Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino.

No sé qué me sucede; es un recuerdo,
es una soledad, es un sollozo
perdido donde el río de la niebla
escarba con la muerte hacia los ojos,

sube como el amor hasta los labios,
como otras tantas tardes.

Da lo mismo;
lo mismo da el temblor que se separa,
la incierta condición de lo querido,
la luz del sufrimiento, la distancia
hasta la cosa muda,
hasta la sala grande que recuerdo.

Que recuerdo, recuerdo; sí, recuerdo
la sala, las mujeres,
las pobres entregadas a las fiestas
para ganar su vida. Es un sonido;
la muerte es un sonido de cortina,
un sonido que pasa y que se apaga,
un sonido que queda. Niebla, niebla.

Ni música de jazz se oye a lo lejos,
ni música de jazz. Sí, la cortina;
el aire no la mueve, es mi tristeza.
La tristeza me mira, da lo mismo.

Aquí estoy, en un bar. Sus ojos claros,
su rostro sonriente y lejanísimo,
sus manos, la tristeza; niebla, niebla.

Sus manos en el aire del recuerdo,
sus manos en la sala, en sus cabellos,
sus manos con las flores amarillas,
como otras tantas tardes. La cortina,
sonando; la cortina.

La cortina de alambres y bambúes,
la lluvia cenicienta, la tristeza.
La tristeza me mira como un río,
como un río sollozo. Niebla, niebla.

Niebla sobre la sala abandonada,
niebla sobre los dedos sollozantes,
niebla sobre los árboles de en torno
de la sala de niebla abandonada,
de la estancia sin límites ni forma,
del cuadrado sin ángulos ni lados,
del gran vaso inconcluso donde bebo,
de la ausencia profunda, aparecida
como un total acceso a la presencia,

con su beso final y agonizante.
Da lo mismo.

Lo mismo da la niebla que sus ojos,
que sus ojos de sombra y cautiverio,
lo mismo da el amor que la cortina.
Se llamaba Susana.
Lo mismo da la niebla que el recuerdo.
Susana, sí. Susana.

Aquí estoy, en un bar, bebiendo vino.
Aquí estoy, en un bar, como la niebla,
recordando; volviendo sobre el mundo,
cayendo entre los muebles de la sala,
de la sala de niebla y de caricias,
de la sala, lo mismo, da lo mismo,
como otras tantas tardes. Niebla, niebla.

Como otras tantas tardes sin Susana,
con Susana a lo lejos. La cortina,
la cortina se mueve. La cortina,
la cortina se mueve dulcemente
como otras tantas tardes. La tristeza,
la tristeza de muchas cosas muertas,
perdidas o no sidas, da lo mismo.

Lo mismo da la sala, las mujeres;
mujeres que llevaban en el pelo
sus flores destruidas y amarillas.
Se llamaba Susana, da lo mismo.

Ni música de jazz; solo silencio.

Susana se llamaba; ya de niña
sabía su desgracia. La cortina.
Se llamaba Susana por la tarde,
se llamaba Susana al mediodía,
se llamaba Susana por la noche.
Susana se llamaba sobre el alba.

Y la cortina suena. Niebla, niebla.
La sombra baja lenta, como un río;
su invasión me atenaza. No me importan
las horas, ni los años, ni los días;
los días que no pasan con Susana.

Da lo mismo.
Niebla, niebla.

La tristeza me mira. Es un sonido,
un sonido de muerte o de cortina.
En efecto;
la cortina, a mi lado, en la ventana
como otras tantas tardes, leve oscila.

Da lo mismo.

Elegía sumeria

(1949)

INTRODUCCIÓN

Todos los pasos tienen la forma del pasado,
la forma de las formas donde todo se muere
cayendo en su recinto de plata desbordada,
elegida en el borde de las sombras azules.

Debajo de los días de mis contestaciones
a todas las murallas que la noche reparte
en torno a mi tristeza de roto alucinado
donde el sol no golpea con sus labios de flor.

Debajo de esas causas de elemento remoto:
de esos pasos perdidos que mis manos soportan,
escribo dulcemente con el rostro vertido
hacia la extensa tierra que se eleva ante mí.

Es una tierra lenta de rosas muy oscuras,
una tierra de nombres y puñados de vidrio,
una tierra de grana con estaño incendiario,
una tierra de paja con las trenzas de aceite.

Todos sus movimientos me consultan ardiendo,
todas sus invasiones se me acercan de pronto;
cuando de mi agonía resurjo hacia las calles
y paso por mis sangres escucho sus lamentos.

Voy a estar concordando las cuerdas de esa luz
que el aire petrifica rondándome los ojos.
Voy a poner sus arpas encima de mi mesa
donde escribo despacio su forma desgraciada.

Son rediles de polvo mezclado con topacios,
pescados hacinados sobre la cal deshecha,
son hombros de jacintos y caderas de sábana
donde todo amontona su rumor de maderos.

Todos los pasos tienen la forma del pasado;
de un pasado sin boca para besar la orilla
de otra existencia hermosa que nunca se ha tenido
a pesar de las fiestas del corazón en llamas.

Entonces a lo largo de mi paciencia nacen
las tibias caravanas de las blancas cisternas,
los amores redondos de los pozos ocultos,
las banderas inscritas en el mármol salvaje.

Miro con mis recuerdos la zona de ese campo
en el que un gran sollozo persiste de rodillas.
Desde la tarde o noche donde un árbol violeta
esparce su mirada, también contemplo el tiempo.

Miro su vestidura de brillo y crisantemos,
su peligrosa fuerza de ventana cortada,
su pensamiento vivo creciendo con las zarzas
entre las alabanzas de los cánticos solos.

Debajo de esas causas de elemento perdido
hay una tierra suave que palpita ante mí.
Es una tierra echada sobre su propio vientre
lleno de estrellas negras y de voces lejanas.

Cuando todo lo mío se muere y despedaza
partido por el ansia de lo que me traiciona,
del crimen cometido por mí contra mis cielos
yo miro ese terreno de temblor y ternura.

Escribo para oírme vivir sobre sus tersas
orillas renacidas de un sarcófago rojo.
De sus sonidos de oro tomo mis instrumentos
hechos de siemprevivas y cabellos heridos.

Todos los pasos tienen la forma del pasado
donde todo se ahonda cayendo hacia el amor,
que es la perfecta nada de todo lo que canta
con la mirada aguda que el diamante describe.

Ya sé que me repito como un muerto que avanza
desde sus pobres ropas deshechas y en la sombra,
hacia la caja enorme donde el mundo le estrecha
para guardar la esencia de su ser miserable.

No me importa la gloria que grita en las paredes
con garfios de tormento la aurora de los días.
No obstante, reconozco la causa de mi origen
atado a la salmodia de los nombres que crujen.

Debo cantar las ansias de la roca extasiada,
las ansias de los peces que lloran su oceano,
las ansias de los signos escritos con zafiros
en las llagas inmensas de las naciones secas.

No me importa la gloria, pero adoro mi voz;
mi voz hecha de torres y relámpagos negros,

mi voz de combatiente por una guerra antigua,
mi voz de sacerdote con ojos de jaguar.

Es donde mi tristeza se transforma en países,
en los que todo estalla de floras de riquezas,
en las que me sumerjo con las venas abiertas
para llenar mi espalda de tatuajes eternos.

Diariamente

(1949)

CIUDAD DE CENIZA

Hay días sollozantes, días lentos,
días llenos de muerte descendida.

Yo me asomo al balcón; desde allí veo
la ciudad cenicienta que respira
el gris conmocionado de los aires,
la atmósfera agrietada que soporta.

¿A qué desolación, a qué destino,
pertenecen sus lívidos inmuebles,
sus agotados turnos de trabajo,
sus transeúntes fieles?

El rostro transparente de la nada
contempla, como yo, tanta tristeza.

Lilith

(1949)

LILITH

Su corazón desciende entre las capas rojas del cielo y se detiene sobre mi frente de lentas aguas submarinas. Lilith, corazón negro, ¿qué quieres?

Quiero leer tu destino como lo hacían, en otra época, los grandes enemigos de la tranquilidad humana, los desposeídos de calma, los tristes porque sabían el color de las arenas de la otra orilla.

Lilith, ¿de dónde vienes?

Vengo de la tristeza donde tú caminas, con las sienes vendadas, con la mano derecha cercenada, con un pez detenido sobre las pupilas. Vengo del fondo de tu madre, del fondo de tu música exterminada, del fondo de tu sagrada boca extinguida, donde la ceniza late como un niño o como un pájaro.

¿Qué quieres de mí, Lilith?

Quiero que te olvides de la luz del día y de la luz de la noche; quiero que no recuerdes la tierra, ni el mar, ni el cielo. Quiero que entres en la caverna donde la sangre se convierte en cristal, tan dulce como los besos de una doncella desnuda al infante que, por primera vez, sabe que tiene sexo.

No podré perdonarte, Lilith. Yo nunca he sabido vivir entre lo que los hombres llaman cosas. Los objetos me son extraños. Y, en verdad, tú eres la más maravillosa suma de objetos.

No digas tantas palabras inútiles. Cierra los párpados y deja que el musgo crezca sobre tu vientre pálido. Llenaré de oro tus venas y plantaré un árbol rosa donde solo tienes un agujero sombrío.

Lilith, ven hacia mí.

No puedo moverme. Ni acaso siquiera dejar que me contemples demasiado tiempo. La máscara caería rota en tantos pedazos como dimensiones tenga tu pobre alma desamparada. ¿Porque tú crees en el alma?, ¿verdad?

Mi alma eres tú, Lilith.

Yo soy solamente la Luna negra, la cifra que te señala a través del desorden, el número que te hace proseguir mirando hacia los globos azules, rojos, amarillos de los astros, cuando sin palabras, sin voz te preguntas por el misterio de las relaciones.

Déjame ver la forma de tu corazón. Tu corazón que hace poco descendía hasta mi quieta frente de solitario.

Te he preguntado si crees en el alma.

Respóndeme tú, Lilith. Solamente quiero creer lo que la forma de tus muslos dibuja sobre el horizonte tembloroso. Todo está tan gris en torno nuestro. Mira, ya empiezan a apagarse los fuegos de la lejanía.

No hay otra alma que la que nosotros hacemos con la cera de nuestra sangre, gris como tú dices.

Entonces, ¿por qué estamos tú y yo, aquí, quietos sobre el filo de la desesperación, mirándonos como los muertos se miran detrás de su muralla de vidrio destruido?

Estamos juntos porque lo sabemos.

Dime, ¿qué debo hacer?

Debes permanecer en ti toda la eternidad. Piensa; yo soy eterno, y lo eres. Piensa; mi alma existe, y existe. Piensa; Lilith me ama, y te amo.

Nunca me ha sucedido así. Me basta pensar en una nube para que se desvanezca; creo en un aliento y ya no es nada. Pienso en un conjunto de sonidos. Y tan solo el silencio de mis ojos queda quieto como una espada infinita rodeándome de una luz lúgubre, de una mortal desdicha, Lilith, Lilith, ayúdame.

No puedo hacer nada por ti. Llama a tu alma.

Tú eres mi propia alma. Te lo he dicho.

Si yo lo fuera, peor para ti. Yo soy la Luna negra. ¿Entrarías conmigo en el horizonte muerto? ¿Querrías caer conmigo en el secreto pozo de la materia ciega? ¿Quieres que te arranque los ojos?

El final de mi soledad es mucho más angustioso que todo cuanto puedas decir para probarme. Nunca he deseado lo que me era dado. Siempre viví en las murallas de la nada, convertido en impulso hacia el vacío. Sé mía sin serlo.

Si es cierto cuanto aseguras, has vivido en mí durante toda tu existencia. Voy a besarte. ¿Dónde quieres que lo haga? ¿Sobre

tus ojos? ¿En tu corazón? ¿Entre tus labios? ¿O en el fondo de tu alma que desprecias?

Bésame en tu propio pensamiento. Estoy cansado de acercarme a la carne caliente, de acercarme a las terribles hijas del sarmiento; estoy cansado de mirar sus tenebrosas bocas, sus piernas de crueles contexturas. Quiero vivir en el aire nocturno de tu destino.

Antes era yo quien hablaba de destino. Dije que quería leer el tuyo, como lo hacían los grandes enemigos de la tranquilidad humana, los tristes porque sabían el color de las arenas de la otra orilla. Ahora eres tú quien pronuncia la falsa palabra. Pero yo quería engañarte. No hay destino.

¿No hay tiempo?

No. Tampoco hay tiempo. Todo pasa, fue dicho hace muchos años, hace muchos lugares, por un hombre que, a veces, me recuerda a ti. Y, todo pasa, es equivalente a todo queda. Tú mismo has existido siempre.

No.

Claro que sí, aunque no lo sabes, por eso es para ti un problema pensar en el alma. Llamas existir a pensar; pensar, a tener consciencia; tener consciencia, a erguirte sobre tu memoria y la comprensión de tu mundo. Pero, detrás de tu mundo, de tu memoria, de tu consciencia, de tu pensamiento y de tu existencia, tú mismo estás, fijo, inmóvil, clavado en un trono de diamantes, quieto, terriblemente fijo, como dos pupilas en una sola mirada, como ser y no ser reunidos en un único tormento.

Detente.

Sí. No es necesario que prosigamos hablando. Podemos mirar la destrucción que nos circunda como un halo que sufre al compás de nuestros latidos. Mirar el horizonte abrasado por los soles luminosos, los que vibran, los que cantan armonías blancas y doradas. Ellos también existen.

Lilith, no me hables de los luminosos. Tu corazón desciende entre las capas rojas del cielo y se detiene sobre mi frente. El universo de tu cuerpo se deshace en torno mío. No hablemos de nada. Ámame, solamente.

¿Dónde quieres que te bese? ¿En la flor esparcida de tus llantos? ¿En el día confuso de tu pensamiento? ¿Entre las dalias de tus búsquedas inacabables?

No, basta de terror y de consagraciones inútiles. Si todo es una permanencia inagotable, insustituible, pura, ¿para qué me ha sido dada esta boca que no solamente sirve para morder y besar? Si mi pensamiento no puede añadir nada al mundo, ¿por qué me socava desde dentro como una montaña de fuego? A veces, he buscado los grandes cataclismos terrestres para perderme en ellos, pero nunca he muerto todavía.

Has pronunciado el gran secreto.

Bésame en la boca con que lloro. Lilith. Lilith. Porque mi boca es mi alma y también mi pensamiento. Porque mi boca es la montaña de fuego sobre la que tú apareces llena de flores salvajes.

Ontología

(1950)

Vivir es reunir. Cosmogonías constantes lo unen y lo separan todo. Las intersecciones de los contrarios se reproducen indefinidamente en todas las posiciones de lo posible. Vivir es sentirse en ese océano, ligado a todos los puntos de esos panoramas repelentes o atractivos.

Todo hombre puede oír su abismo interior. La consciencia es un espacio.

Los sufrimientos de la persona son la preparación para la muerte de la persona. Dentro del despliegue del ser, la persona aparece y desaparece como un ángel cuya misión es hablar.

7 homenajes

(1951)

A RAIMUNDO LULIO

Amatistas y flores dulcemente
conjuntos en la música lejana;
un resplandor violeta que dimana
del doble contenido divergente.

Un hombre con la boca refulgente
inundando de estrellas la mañana.
Su pecho es una lúcida ventana
escrita con la forma de la frente.

Animales azules le acompañan
bajo la tierra negra del sollozo
donde brotan palabras como espejos.

Las almas no se nublan ni se empañan
entre las llamas muertas de los pozos
cuando su soledad canta en reflejos.

13 poemas de amor

(1951)

DRAGÓN DE FLORES ROJAS

Dragón de flores rojas,
luminosa serpiente con azules
crestas, mi corazón
lame tus rocas tersas, el espejo
donde el mar
extiende su metal incandescente.

Sonidos espantosos
me buscan por el cielo
cuando solo
destruyo mi materia espiritual
en hoz de aspiraciones.

Montaña mía, tribu
con banderas naranjas y coral
hacinado, lugar
donde la espuma forma las melenas
y las alas.

Un elevado lazo de fulgores
te quema en tu celeste consistencia.

Libro de oraciones

(1952)

A LA VIRGEN MARÍA

Madre del cementerio, tu cabeza
adopta la postura de la esfera,
el religioso manto donde vuelan
las piedras de debajo de la sangre.

Por mi ventana ardiente te contemplo,
por mis heridas de humo subterráneo.

Habla con los insectos y los clavos,
habla con las paredes de las casas.
Dinos el acueducto de lo eterno,
el agua de los cuerpos de oro azul.

A SAN MIGUEL ARCÁNGEL

Con mi traje de sapo y de cristales,
con mi espada comprada a un anticuario,
con mis libros de magia y papel muerto,
con mis odios de torre entre alambradas.

Con mis dedos de humano constituido,
te cito, arcángel roto en pensamientos.

Baja con las palabras del crepúsculo,
baja con amatistas afiladas,
baja con siete montes de cuchillos;
corta mi corazón de sapo y toro.

Segundo canto de la vida muerta

(1953)

[MI DISPERSIÓN ME ROMPE EN MIS IDEAS]

Mi dispersión me rompe en mis ideas,
en mis amores ciegos o videntes,
en mis profundidades y lecturas,
en los reflejos rotos de un sol roto.

¿Dónde están mi unidad y mi presencia?
¿Dónde está mi palacio transparente?
¿Dónde están las estatuas que mi boca
ha de reunir en signos y en concierto?

El cuerpo se me va como un gran río
de ceniza y de perlas disgregadas.
Su memoria se quema en lo profundo
y mis espejos negros se desunen.

[YO VIVO EN UNA CASA SIN JARDÍN]

Yo vivo en una casa sin jardín,
en una casa interna donde se oyen
ladridos y sollozos cuando el cielo
sucumbe a su dorado movimiento.

Yo vivo en una casa cuyas ramas
penetran en las casas de los otros
y queman sus azules mobiliarios,
sus retratos amados por el tiempo.

De mis palabras surgen soluciones
de metal invasor que nada puede
destruir o parar. De mis palabras
nacen olas y mares ascendentes.

Mi casa comunica con las fuerzas
que perforan los mundos y los alzan
en la cima furiosa de esa sombra
sin principio ni fin que me alimenta.

El palacio de plata

(1955)

[EL PALACIO DE PLATA]

Destruída la Gran Serpiente, Moisés penetra en el desierto...

Y la dorada rueda de las rosas
levanta su cabeza de aire blanco.

El árbol infinito de la sangre
atraviesa la roca transparente.
La noche abre sus ojos de fulgor
sus letras de cristales que respiran.

El palacio de plata resplandece
en medio de las aguas del abismo
y las coronas arden de dulzura.

De la calma del centro nacen llamas.

*

En medio de las aguas del abismo
el árbol infinito de la sangre
atraviesa la roca transparente
y la dorada rueda de las rosas.

La noche abre sus ojos de fulgor
sus letras de cristales que respiran.
El palacio de plata resplandece,
levanta su cabeza de aire blanco.

De la calma del centro nacen llamas
y las coronas arden con dulzura.

*

El árbol infinito de la sangre
levanta su cabeza de aire blanco;
de la calma del centro nacen llamas.
Y la dorada rueda de las rosas
atraviesa la roca transparente.

La noche abre sus ojos de fulgor
en medio de las aguas del abismo;
sus letras de cristales que respiran.

El palacio de plata resplandece.
Y las coronas arden con dulzura.

*

La noche de la roca del abismo
atraviesa la rueda de fulgor
y la calma dorada del palacio.

Las rosas de cristales resplandecen,
el centro abre las llamas infinitas
en medio de las letras de aire blanco.

El árbol de las aguas con dulzura
levanta la cabeza de la sangre,
que nace de la plata que respira.

Y las coronas arden en los ojos.

*

La noche abre el palacio de las aguas
y la dorada rueda transparente;
de las rosas de plata de la sangre
levanta su cabeza de las llamas.

El árbol del abismo resplandece
y las coronas nacen de sus ojos.

Del infinito centro de fulgor
en medio de la calma que respira,
atraviesa la roca de aire blanco:
sus rosas de cristales con dulzura.

*

El palacio de plata de la sangre
atraviesa la roca con dulzura
en medio de las aguas que respiran.

El árbol infinito resplandece
y la dorada rueda de fulgor
levanta su cabeza de cristales.

De las rosas del centro del abismo,
sus letras de la calma nacen llamas.

La noche abre sus ojos transparentes
y las coronas arden de aire blanco.

*

La noche abre sus ojos que respiran;
sus letras del abismo de cristales
y las coronas nacen de las aguas
de las rosas del centro con dulzura
en medio de la calma de fulgor.

Levanta su cabeza de la roca
el palacio de plata transparente.

El árbol infinito resplandece
y la dorada sangre de aire blanco
atraviesa la rueda de las llamas.

*

Árbol en la dulzura de aire blanco:
la cabeza dorada de fulgor.

Las letras del palacio resplandecen,
los ojos de la noche de las llamas.
Y el centro de la roca del abismo
levanta las coronas infinitas
en medio de la calma transparente.

Las rosas de cristales arden sangre,
abren plata que nace de las aguas,
atraviesan la rueda que respira.

*

El palacio de sangre transparente
levanta las coronas con dulzura,
y la dorada roca de las letras
atraviesa las aguas de aire blanco.

La noche abre cristales que respiran,
de la plata del árbol nacen ojos;
en medio de la rueda de las llamas,
en la calma del centro resplandecen.

Las rosas infinitas del abismo
arden en la cabeza de fulgor.

*

De las rosas del centro del abismo
la noche abre sus ojos transparentes,
y las coronas arden con dulzura.

El palacio de plata de la sangre
atraviesa la roca de aire blanco,
en medio de las aguas que respiran.

El árbol infinito resplandece,
sus letras de la calma nacen llamas.

Y la dorada rueda de fulgor
levanta su cabeza de cristales.

*

La noche abre el palacio de la sangre
atraviesa la roca de aire blanco,
sus rosas de cristales con dulzura
y la dorada rueda transparente.

Del infinito centro de fulgor,
de las letras de plata de las aguas,
levanta su cabeza de las llamas.

En medio de la calma que respira
el árbol del abismo resplandece
y las coronas nacen de sus ojos.

*

La noche de cristales de aire blanco
atraviesa el palacio transparente,
la roca de las rosas de fulgor,
en medio de la calma que respira.

Del infinito centro de sus ojos
el árbol de las llamas resplandece,
y la dorada rueda de las aguas
levanta su cabeza con dulzura;
del abismo de plata que abre letras.

Y las coronas nacen de la sangre.

Cuarto canto de la vida muerta

([1956] 1961)

[CUANDO AL ATARDECER YO DESPEDAZO]

Cuando al atardecer yo despedazo
mi memoria,
abro los eslabones de las sombras,
toco las grandes piedras frías,
los declives.
Y esta montaña informe que repite
mi tristeza.

Pináculos dorados van creciendo
en un fondo de luz y de cristal,
entre largas heridas,
trozos,
gestos,
palabras de terror, simples excusas.
Bosques llenos de rocas y de ruidos,
pulseras entre hierbas,
dientes
y coronas de espinas.

Un retablo azulado se levanta.
Lejos.

[LA MUERTE ABRE LOS OJOS]

La muerte abre los ojos,
abre sus ojos en mi corazón, sus ojos claros
y violetas.
En mi corazón donde otro mar despedaza
sus anillos profundos.

Toda la presencia desplazada que se aplaca en el fondo,
esa mano que se adelanta desde un pasado de agua verde,
ese murmullo de la voz que ha traspasado el silencio.

Los musgos y la tierra, los charcos removidos
por un agua de lluvia;
los surcos del dolor en la noche, bajo el mar
el movimiento oscilante de una aproximación
incierta, indecisa, inagotable.

La muerte abre la boca
y sus labios azules me rozan como miradas,
como las rosas negras que he perdido en el cielo.

La dama de Vallcarca

(1957)

[ATRAÍDO POR EL LUGAR Y EL OLVIDO...]

Atraído por el lugar y el olvido, he llegado a Vallcarca, bajando una escalera quebrada, con barandilla de hierro húmedo, pisando blancas losas y pasando junto a desventuradas puertas y quemadas ventanas. Un olor de animales y de flores flota en el ambiente bajo. La gran calle corresponde al Río del olvido; el camino tortuoso que lleva hacia la colina pedregosa es el Río de la juventud. Aquí está, pues, el paisaje megalítico y aquí voy a quedarme mientras la llave pueda conocer su puerta, mientras la puerta reconozca el fulgor de su llave; mientras el gran espacio no me lleve consigo, mientras la roca roja y ávida no se transforme en lamento.

[PASAN ZAFIROS ENTRE LOS HUESOS ROTOS...]

Pasan zafiros entre los huesos rotos. Estrellas, entre las circulaciones. Un agua subceleste evade el cuerpo, sobre la llanura de oro. Grandes bloques de sangre transparente emiten destellos hacia la blanca luz. En el otro universo, las espirales se salen de las piedras y un ruido de relieves desconoce el mar. Esos relieves giran, despiden sus llamadas como signos o luces. Sombras y sombras, lazos.

[TODO ESTÁ PREPARADO EN EL JARDÍN...]

Todo está preparado en el jardín. Ella lleva un jersey rojo, medias negras y ropa interior negra también. Sus muslos son morenos y redondos, como la tierra. Ella habla en latín a una multitud que no existe y solicita solamente las cabezas de las criaturas inocentes. Cuando miro mi brazo derecho, veo que la cicatriz, a la altura del codo, se ha convertido en una iglesia románica, cuyas imágenes, con su rostro de plata estrangulada, me sonríen y animan, «porque me van a cortar el otro brazo», mientras las flautas chillan.

[Y OIGO SILBAR. OIGO SILBIDOS...]

Y oigo silbar. Oigo silbidos, largos silbidos agudos. Silban en torno mío. Silban. Oigo silbar. Y piso águilas aplastadas, águilas machacadas; espesas plumas deshilachadas, garras aún con sangre, picos abiertos, ojos endurecidos, plumas, plumas reseca, águilas destruidas. Oigo silbar. Silban. Silban junto a mí, delante, detrás; sobre todo, detrás mío. Se oyen largos silbidos agudos. «Ella está de pie en medio del Pueblo de los Exterminios».

[LOS CÍRCULOS Y CÍRCULOS SE ENHEBRAN...]

Los círculos y círculos se enhebran y una reja abrasada separa los jardines. En el recinto negro, se encuentra el cisne blanco; en el reducto rojo, solloza el cuervo negro. Cuando la reja termina un canto de humo, de los jardines solo sombras quedan. Las hierbas salvajes invaden a borbotones el paisaje, mientras una aglomeración de sentimientos empieza a comunicarse y a encenderse; sucesiva, por encima del pozo y destellos cambiantes, como llamadas, como llamaradas apenas visibles arden en el mediodía donde la reja se levanta obscura entre los grandes palacios inmóviles, crucificados como perros cegados en las dos cimas de la montaña de Marte.

[AHORA TODO CAMBIA...]

Ahora todo cambia. Estamos entre rosas en un jardín humano. La noche de oro rosa vive sobre la luna. Sus trajes transparentes traspasan las montañas. Escrita en las magnolias, su calor infinito conmueve las materias que aún gravitan sin luz. Las aproximaciones comunican espacios, las redes como centros continuos y la belleza funde los pórticos en vilo. Un éxtasis perenne pisa la santa tierra y todas las palabras son la sola palabra de la consagración.

Los espejos

(1962)

[ES COMO EL *REITERSIEGEL* DE MARBURG]

Es como el *Reitersiegel* de Marburg
con su yelmo grabado,
con su caballo muerto galopando.

Es como el cielo amarillento que vi, una tarde,
en Alemania,
cuando iba en automóvil hacia Frankfurt;
es la pálida vitrina del museo
con sus dagas doradas carcomidas.

Las oraciones oscuras

(1966)

ORACIÓN

Heme aquí postrado ante ti, a la que llamo Reina de las Tinieblas porque la luz es reina por sí misma y solo la oscuridad necesita una reina que en ellas refulja con su diadema de emanación incesante, y la grave en su losa.

No te ruego que deshagas la oscuridad de mi corazón ni de mi conciencia sino en la medida en que esto sea justo para que pueda alabarte, y ver en lo Tenebroso la forma de lo que debe ser exaltado y en lo alucinante de mi propio espíritu que ya tengo el fuego que solo Tú has de encender.

No sé darte otro nombre que exprese mejor el mundo desde el cual te contemplo y te adoro, sumido en la profundidad de un mar negrísimo cuyos abismos son yo mismo convertido en mar.

No te invoco con palabras de alegría ni te proclamo con tus nombres de exasperación o de serenidad porque no tengo el tesoro del que se extraen esas antorchas. Levanto hacia ti mis manos de ceniza ensangrentada y mis dones son solamente, Potencia Oscura, los que Tú te das a ti misma, el reflejo que mi opacidad puede dar de tu oscura luminosidad. Pues, para mí, hasta la luz es tinieblas en tanto no sea llamado y vea que me envías tu Ángel en el puente llameante, en el tercer día que suceda al de mi muerte.

LETANÍAS

Reina de los cementerios invisibles,
Reina de los exterminios luminosos,
Reina de las esmeraldas que suplican,
Reina de las manos desenterradas,
Reina de las espadas que padecen,

Ora pro me.

Puerta de las llamaradas inmóviles,
Puerta de las estructuras indescriptibles,
Puerta de los movimientos de platino,
Puerta de los crisantemos descompuestos,
Puerta de las constelaciones que vacilan,

Ora pro me.

Madre de las praderas sollozantes,
Madre de los cristales que se hieren,
Madre de las diademas de oro al rojo,
Madre de los que lloran por la noche,
Madre de los que lloran con su noche,

Ora pro me.

Torre de los corderos que son música,
Torre del firmamento entre las alas,
Torre de los topacios en las cruces,
Torre de la pasión y de las águilas,
Torre donde las frentes son estrellas,

Ora pro me.

Rosa del ruiseñor que nunca nace,
Rosa de la fragancia de las ruinas,
Rosa de las hogueras que palpitan,
Rosa de los abismos de una fuente,
Rosa de las habitaciones de los clavos,

Ora pro me.

Letra con que se inician las plegarias,
Letra con que se escriben las mitades,
Letra con que terminan las tristezas,
Letra con que se anudan las montañas,
Letra con que me humillo a cada instante,

Ora pro me.

Estrella de la desesperación del mar,
Estrella de los ciegos que se exilian,
Estrella de las distancias horrorosas,

Estrella de un abandono en desvarío,
Estrella de esperanza en la ceniza,
Ora pro me.

Fuente de los diamantes temblorosos,
Fuente de los temblores que refulgen,
Fuente de las acacias que se acercan,
Fuente del horizonte y del espacio,
Fuente hacia el interior del corazón,
Ora pro me.

Reina de lo imposible y lo posible,
Reina de las ternuras de los muertos,
Reina de las miradas de las cimas,
Reina de las separaciones absolutas,
Reina de los despedazados de la sombra,
Ora pro me.

Las hojas del fuego

(1967)

[NO OLVIDAR ES LA FÓRMULA, NO HAY RITO]

No olvidar es la fórmula, no hay rito.
El rito es resistir donde la destrucción
permuta.

No cambies las estrellas por zafiros.
No temas abandonar la superficie
de la tierra.

Lo mismo es el espacio que la noche
densa de lo apretado interior, porque, en el centro
algo afilado crece.

Bronwyn, III

(1968)

[EN LA MÚSICA FLOTAN PIEDRAS MULTICOLORES...]

En la música flotan piedras multicolores. Esperan encontrar un espejo que las detenga y les ponga una cifra. Son el resultado de signos; pero se han transformado en llamas que parecen piedras de colores y ya nada las podrá contener ni congelar en la orilla del espacio aquel. Estamos en la *frontera indecible* del pasado, del presente y del futuro, en su entrelazamiento exasperado.

[UNA ESPADA ES UN ALMA EN PENA...]

Una espada es un alma en pena. No es un fragmento de hierro afilado. Tiene que matar, pero no un lobo ni un águila, sino a un hombre, al hombre. Una espada es el pensamiento que exige estar solo en la inmensidad del espacio absoluto. Termina con cuanto no es la soledad del éxtasis, la unión de lo solo consigo mismo, dentro —desencadenándose— para que advenga lo que no tiene exterioridad ni interioridad.

Bronwyn, IV

(1968)

[ESPIRALES, NO ESVÁSTICAS, DE NIEBLA]

Espirales, no esvásticas, de niebla
de mar en un silencio sostenido
por el árbol insomne de los astros.

Como las blancas piedras, lo que yace
emerge con las manos de la nada
en los paisajes de ceniza eterna.

Lo nunca está esperando en el umbral
y el anillo grabado emite llamas.
Bronwyn, mi corazón también es no.

Los abismos son ecos de sollozos;
en la noche del todo te contemplo,
inscripción en el aire abominado.

No dejes que me muera sin mirarme
desde tu bruma verde que respira.
La irrealidad me lleva dulcemente.

Las espirales grises, las doradas
espirales que giran hacia dentro
contienen nuestra sombra en su temblor.

Bronwyn, mi corazón también es no
en un mundo que cierra la presencia.
Manos abandonadas en los cielos.

[HE GRABADO LAS PIEDRAS CON TU NOMBRE]

He grabado las piedras con tu nombre,
con las letras sagradas de ese nombre
donde tu ser recoge su existencia
aquí.

Las piedras han gritado; de sus rayas
salía un fuego líquido y un vaho
de celestes azules sonrosados.

La superficie de la tierra hablaba.

Bronwyn, V

(1968)

[TE AMO AL ATARDECER CUANDO ESTOY MUERTO]

Te amo al atardecer cuando estoy muerto
y mis ojos se mezclan con las hierbas
y estoy lejos del mar y escucho el mar
y tus ojos me miran desde el viento
y es al atardecer cuando estoy muerto.

Cristo, cristal

(1968)

[CRISTO, CRISTAL]

Cristo, cristal.
Cristalizado,
cristal izado.

Izado en cruz
crucificado
cristificado
cristal de luz
lucificado.

Bronwyn, VI

(1969)

[SOLO SOMOS ESPEJOS FRENTE A FRENTE]

Solo somos espejos frente a frente
a distancia infinita y en dos tiempos
distintos.

Pero en la línea oblicua de una voz
eres, Bronwyn.

Bronwyn, VII

(1969)

[UN ALTAR ES UN BOSQUE, Y ES UN BOSQUE]

Un altar es un bosque, y es un bosque,
Bronwyn, lo junto a ti donde tu blanco
desvanecerlo todo junto a ti.

Cuando te contemplé ya estaba muerto;
muerto, lleno de hierbas y de nubes,
lleno de mares negros y de tu

Cuerpo de bosque blanco en un altar,
torre de nubes blancas en un bosque,
bosque de mares grises en la roca.

Junto a las rocas blancas de las nubes,
junto a las grises nubes de las rocas,
junto a los mares blancos del no ser.

Bronwyn, z

(1969)

[ME CIRCUNDAN «OBJETOS» QUE SON PARTE]

Me circundan «objetos» que son parte
de mis vidas difuntas.
Y en esta vida viva me rodean
seres a los que quiero y que me quieren
mas en lo humano siempre, sin poder
entrar en el castillo no visible
de aquellos «más allá» que me dirigen
sonambúlicamente.

Siempre supe que no era de este mundo,
con todo he sido fiel a su presencia
y me adhiero con fuerza a lo que *real*
se dice, se figura.

Hablando con la sombra de tu sombra,
postreramente, he de decirte:
fuiste la mensajera de mi muerte,
de mi metamorfosis, Bronwyn.

Mentiría si no reconociera
que en tus ojos vi el rayo del espacio
por el que puede penetrarse donde
.....

Poemas de Cartago

(1969)

ELEGÍA CARTAGINESA

«Cartago se parece a mi tristeza.»
Canto de la vida muerta, 1946

«Cartago nos contempla.»
Anahit, 1968

El espíritu inmundo me ha vencido
y mis actos han sido la oración
junto al bronce candente de la Bestia.

Llantos entremezclados con aullidos
no han encontrado nada junto al mar.
(Las casas en las calles de un desierto
herido por arados y sembrado
con la sal oscurísima del odio).

Cartago exterminada se levanta
entre los movimientos ciegos que
graban su eternidad de destrucción;
estela cenicienta entre la arena.

Ni siquiera se acercan los leones
a los pies de las cruces donde crecen
los desnudos instantes que mis ojos
vieron dentro del cerco destrozado,
mientras siniestras luces desataban
los cuerpos sin sonido del infierno.

Estoy bajo la sombra de Cartago,
buscando en mis papeles qué nacía
en lugar de los hijos de mis años
mentales transmutados en metales.

La sombra de Cartago es una rosa;
su verde cabellera se aparece.
Todos los horizontes son su tumba.

Toco las livideces desoladas,
los muros de una sombra delgadísima.

Vuelvo a mi casa viva en Barcelona
una tarde de agosto como tantas
en este siglo veinte que se asoma
a los espejos todos de los ciclos.

Contemplo una moneda de Cartago,
negra, contaminada por los tiempos
de mi informe interior que se derrama
buscando en un perfil o una palmera
los motivos insomnes del abismo.

Mi habitación se rompe como un pan,
se ofrece como un cáliz a los dioses
que siempre dirigieron mis acciones,
los pergaminos secos de mis sueños.

Las olas que me acosan en la música
me piden compasión y no sé darla
ante los sacrificios y los ídolos
a los que cantan siempre los instintos
de lo mortal inscrito en la tristeza.

Levanto con los ojos la cabeza,
levanto la memoria y un cuchillo.
Contemplo las doncellas desgarradas,
las ofrendas de musgos recorriendo
los siglos aplastados de repente.

Vienen lanzas de plata, se congregan.
Y rugidos que quiebran las montañas,
los muros y las aguas de Cartago.

Y contemplo la virgen no tocada
con su traje de tierra adolescente
y sus bucles tan grises como el humo
en medio del murmullo proceloso
en cuya noche infame reconozco
el anhelo esencial de mi irrupción.

Cartago es la existencia que perdura
solo por la paciencia de ese nunca
que espera entre los signos del futuro
y en los palacios negros erigidos
para ser derribados por materias
de furor llameante.

Los velos se amontonan en el fondo
de las cisternas mudas como esfinges,
sin más agua que el sol de la esperanza
entre las perversiones del acaso.

Mueven los cielos altos sus alturas,
y el color amarillo de Cartago

confunde su color con el color
de la Cartago azul agonizando.

En los residuos rotos y enterrados
unas voces inciertas se convierten
en un coro que muge en desvarío.

En mi secreto sufre el de Cartago,
por eso vuelvo al solio amordazado
y busco en los osarios inmanentes.

Los muros invisibles se reflejan
en las manchas rojizas; tantos ojos
ardieron en las casas fascinadas.

El círculo mortal de catapultas
no cesó de arrojar rocas y llamas.

Con el vientre cortado por un hacha,
los labios de Cartago se entreabrieron.

.....

Mi corazón oscuro me recuerda
perdido entre cadenas y relámpagos.
Los húmedas azules cercenaban
cabezas y cabezas de caballos.

Recuerdo una mujer vestida de oro
de rodillas, sin brazos, en silencio.
Y varias niñas blancas como el mar
clavadas en las puertas de Cartago.

Entre las convulsiones y las joyas
un gesto inenarrable desprendía
los pájaros profundos de su amor.
Y una máscara roja recubrió
las cicatrices negras de mi rostro.

Acordes sepulcrales prosiguieron
cuando de los sollozos humeantes
brotaron incesantes surtidores.
Las naves aterradas aún gemían
entre los aldabones del océano.

Se apilaron cadáveres vivientes
y seres ya sin alma pero vivos,
con los trozos oscuros de los templos.

Una llanura rosa taladrada
de llagas y de cráteres rosados
solamente quedó de la ciudad:
eterna transparencia de los tiempos.

¿No tomas una copa?, me preguntan.
Y me ofrecen un vino tembloroso.
Es una prostituta de ojos verdes
con un traje de cera palidísima.

(Cerca se mueve el mar cartaginés,
un tejido de voces femeninas).

El bar lleno de sombras se reduce
y resuenan campanas. Las miradas
expresan el horror del mutilado
que oculta sus muñones bajo trapos
de color indeciso y antiquísimo.

¿No tomas una copa?, me repiten.
Pero entonces descubro en la pared
(tras la cabeza aquella sin edad)
un relieve de plata con un águila.
Y mi brazo se eleva en el ritual
saludo acostumbrado. Noto un peso.
Voy vestido de hierro, me doy cuenta:
fui de los destructores de Cartago
y es inútil que mienta o que me finja
esclavo, fugitivo o moribundo,
blanco montón de huesos entre huesos.

Hamlet

(1969)

[TINIEBLA Y CLARIDAD. SER Y NO SER]

Tiniebla y claridad. Ser y no ser
unidos en lo gris donde la mezcla
eleva su castillo sin sonido,
la castidad doliente de sus lanzas.

En el oro, lo negro se reviste
de celeste fulgor para acercar
su rostro hacia las alas de las aves
que rozan las almenas de la niebla.

La mezcla nos confunde en su color
de transparencias que se agregan solo
en superposición de movimientos
y de inmovilidades desvariantes.

Las escaleras gimen cuando el alma
desciende por su sombra hacia la piedra,
o sube por su piedra hacia la sombra
que finge ser un ángel entre anillos.

La luz, la oscuridad, como el silencio,
o la palabra sorda de los siglos
entre las yuxtaposiciones de los tiempos
pensados o vividos solamente.

[¿CÓMO VOY A PERDER LO QUE NO EXISTE?]

¿Cómo voy a perder lo que no existe?
¿Perdería las nubes de las rocas?
¿Los mares de las hierbas sollozadas?

Quiero, querer, quisiera defenderte
del espacio que es el tiempo,
del castillo que es polvo,
y de esa oscura torre que repite
tu dorada cabeza sin almenas
donde sueñas que existes y así existes.

*Nadie puede llorar por mi no ser,
ni por mi padre muerto eternamente.
Mi padre no creó las alimañas
ni el cáncer, ni el cangrejo de tenazas
tenaces.*

*La Nada era su reino inacabable.
Dudo que me asemeje a su color
en los ojos del alma.*

Del no mundo

(1969)

[EL ORIGEN DEL MAL NO ES UN MISTERIO...]

El origen del mal no es un misterio tan insondable como el origen de «lo otro». ¿Cómo Él pudo desear algo, si deseo es carencia?

[SOMOS LO QUE TENEMOS MÁS O MENOS
CONTINUAMENTE...]

Somos lo que tenemos más o menos continuamente. Lo que «poseemos» discontinua o infrecuentemente crea un vacío en nuestro tener (= ser) proporcional a su rareza (en nuestro tiempo).

[LA QUE LLAMO BRONWYN, EN POESÍA...]

La que llamo *Bronwyn*, en poesía, es el centro del «lugar» que, dentro de la muerte, se prepara para resucitar; es lo que renace eternamente.

Bronwyn, x

(1970)

[DISPONGO DEL INSTANTE DE LOS MUERTOS]

Dispongo del instante de los muertos,
de los que vuelven solos junto al dolmen
doliente de sus puros sufrimientos
y pulsan en el arpa de la espuma
su día de diamante más radiante.

Instante de no estar y de perder
la ciega consistencia que la vida
entrega.

Dispongo de un instante y te contemplo
bajando desde el cielo de los cielos
entre tus labios y mis ojos mudos,
entre las hierbas mágicas que crecen,
que crecen.

Con Bronwyn

(1970)

[NUNCA SUPE QUIÉN SOY]

Nunca supe quién soy,
pero voy
a ser lo que tú quieres solo siendo
en el sol absoluto donde ardiendo
mueres porque eres.

Voy a ser la eternamente llama
de tu espiga de fuego;
mi resplandor entrego
a tu doliente niebla que me llama.

Caigo en tu corazón que ha de perderse
para que aprenda a rehacerse
desde el cristal azul del océano
al sarmiento quemado de una mano
cerrada al deshacerse.

[ESTOY EN UN ESPACIO QUE NO PUEDES]

Estoy en un espacio que no puedes
abrir con los espinos de tus manos
humanas, temblorosas.
Yo destruiré las redes
de todos los arcanos y las rosas
tenebrosas.

Retornaré al pantano gris
y volverá el instante lis
de envolverte en mi luz
más allá de la torre y de la cruz
con relieves,
para que tú me lleves al lugar
en que nunca nos podrá separar
ni el filo de una espada,
ni la doble amenaza de la nada.

V canto de la vida muerta

(1970)

[PIENSO EN SU CORAZÓN LLENO DE ENCAJES]

Pienso en su corazón lleno de encajes,
en su vientre tatuado por espinos,
en sus muslos pintados de azul claro.

Está detrás del mundo en que consumo
los dedos de mis días y las bocas
doradas de las rocas infernales.

Vivo entre su sepulcro y un jardín
lleno de letras grises y gemidos
como un humo de nombre solitario.

Su sexo se ha borrado de su tiempo.
Respira con los ojos, y en su casa
la cera y la ceniza son los ángeles.

Los restos negros

(1970)

[SI LA PALABRA PUEDE SER PODER]

Si la palabra puede ser poder
anhelo y oración siendo lo mismo,
que la aniquilación me espere cuando
termine con mi pulso mi ceniza.

No quiero ni perderme en el Urano
ni llegar a la paz pero existiendo.
Que no transmigre nada de mi error,
que no queden partículas de mí.

Rechazo la belleza del abismo
superior como rechazo la hermosura
de una tierra que fuera el paraíso
o de un cielo infinito y absoluto.

Niego mi condición con mis dos ojos,
como niego mi luz y mi recuerdo,
como niego las obras de mis días
y mi propia existencia en este mundo.

Orfeo

(1970)

[IRSE A LA ETERNIDAD FUERA DEL MUNDO]

Irse a la eternidad fuera del mundo,
a donde no resuenen los escombros
del mar siniestro de milenios sidos.

Irse donde no pierdan ya los cuerpos
su color de jacinto y de topacios,
ni se apaguen las voces tristemente.

Irse detrás del ámbito incendiado
por las pupilas blancas de los astros
y las hogueras negras de su sombra.

Irse donde el abismo no se mueva,
donde ya nunca oscile la belleza,
donde todo esté inmóvil en espíritu.

Irse donde sin luz el resplandor
se centre en un diamante dimanado,
indemne corazón que no palpita.

Irse detrás del muro del anhelo,
al inoíble cántico silente:
centro de la espiral de lo radiante.

Irse a la soledad del todo junto
en una sola llama de alabanza;
a donde no haya bocas ni miradas.

Irse a la espiga pálida del hierro,
la sideral condensación del cielo,
viendo cómo del no se eleva el sí.

Bronwyn, w

(1971)

[CONTEMPLA CON MIS DÍAS QUE SE ALEJAN]

Contemplo con mis días que se alejan
el terremoto absorto de tus ojos,
la palabra rosada de tu cuerpo,
el crisantemo negro de tu luz.

Contemplo tu corona de aves blancas,
el círculo quemado que defiende
de los jardines otros tu jardín
y tu voz de metal incandescente.

Contemplo tu paisaje necesario,
los siglos que agonizan en tu ser,
la torre del pantano que no existe,
Bronwyn y tu radiante negación.

[BRONWYN DE LAS ESTRELLAS FUNERARIAS]

Bronwyn de las estrellas funerarias,
de las agonizantes aguas verdes
y de las acumulaciones de lo que
roto se descompone todavía.

Bronwyn de las montañas que no existen,
de los abismos desatados, mudos,
y de las negras horas en que todo
se parece a una noria de lamentos.

Bronwyn de los cristales encendidos,
de los cabellos negros como el oro,
de las rodillas rubias como tantas
promesas de las sombras a las sombras.

La quête de Bronwyn

(1971)

[UN RUIDO ME HA DEJADO ENTRE LAS RUINAS]

Un ruido me ha dejado entre las ruinas,
entre las ruinas de los tiempos rotos,
entre las ruinas de los ruidos lívidos,
entre los reinos de los rotos ruidos.

Bronwyn de los brumosos de Brabante
bosques donde la búsqueda no vuelve,
ven a mi conmoción desolación.

Rosa del pensamiento de las rosas
no busques mi cabeza en la maleza,
busca mis verdes ojos en los rojos
confines del cristal y del metal.

Sombra de tu belleza de la sola
ingravidez azul de la tristeza,
tu corazón me envuelve, me conduce
a las blandas blancuras de las landas
hacia las lontananzas de las lanzas.

[BRILLANTE BRONWYN, BRONWYN DEL ABISMO]

Brillante Bronwyn, Bronwyn del abismo
del abismo absoluto de mí mismo.
Brabante es el instante más distante.
Nunca lo encontraré porque en lo nunca
voy errante.

La nada junto a mí como lo nunca,
sangre como de sangre solo sangre.

Eran las escaleras, pero no eras.

El cielo se celaba sobre el cieno
y las encinas ciegas de ceniza
alzaban en su alzar lo que soñaban,
lo que soñara el cielo sobre el cieno.

Eran las eras grises, mensajeras,
eran las mensajeras de las eras,
eran las mensajeras de las horas,
eran ya sin mensaje las auroras.

[LOS CISNES SON LAS ALAS DE LAS ALMAS]

Los cisnes son las alas de las almas,
las alas de las alas,
las alas de las almas de las alas,
los álamos del alma,
las almas de los álamos,
las alas de las almas de los álamos,
las almas de los álamos del alma,
las almas de las almas,
las alas en las alas de las alas,
las alas en las almas de las alas,
las olas de las almas,
las olas desoladas de las almas,
las olas de las alas,
las olas de las alas de las almas,
las alas de las olas de las alas,
las alas de las olas de las almas,
las almas de las olas de las alas,
las almas de las alas de las olas,
las olas de las olas,
las alas,
las olas,
las almas.

44 sonetos de amor

(1971)

XXVI

Doncella de las luces de la luna,
luna del cielo gris de la doncella,
ninguna es tan dorada de tan bella,
bella como en la tierra no es ninguna.

Estrella del desierto, de la duna,
duna que brilla azul bajo la estrella.
Sella tú mi misterio con la runa,
runa que con el fuego graba y sella.

Broche del firmamento de lo dentro,
dentro del firmamento claro broche,
mira cómo destruyo y desintegro

todo cuanto no es tú, fúlgido centro
negro en lo eternamente de la noche,
noche en lo eternamente de lo negro.

XXVII

Princesa prisionera de la nada,
princesa prisionera de la suerte,
princesa prisionera de la muerte,
princesa del abismo en la mirada.

Princesa de la noche de la espada,
princesa de la noche de lo inerte,
princesa de la noche que se vierte,
princesa sin amor y enamorada.

La luz de tu tristeza de princesa
brilla en la claridad de este lamento,
es luz que no comienza y que no cesa.

La luz de tu belleza de princesa
brilla en la eternidad de este momento;
princesa del horror de ser princesa.

XLIV

Ya solo puedo ser lo que tú quieras:
piedra, fragmento inútil, desconsuelo,
obstinación azul de lo lejano,
aletazo del ave que se aleja.

Ya solo puedo ser lo que me dejes
ser ante tus estatuas invisibles:
roca llena de signos, sufrimiento,
fíbula de cristal, reflejo, brasa.

Cuando murió la luz de las esvásticas
el hierro de mi día se quebró
y mis guantes de fuego se murieron.

Si sigo ante la puerta de tu ser,
princesa, rosa, diosa, lo que fueres
es que espero de ti que me condenes.

Inger, permutaciones

(1971)

Inger
Ingre
Inerg
Inegr
Inreg
Inrge

Igner
Ignre
Igren
Igrne
Igern
Igenr

Iegrn
Iegnr
Iengr
Ienrg
Ierng
Ierng

Irgen
Irgne
Irneg
Irnge
Ireng
Iregn

Nigre
Niger
Nierg
Niegr
Nireg
Nirge

Ngier
Ngire
Ngeir
Ngeri
Ngrei
Ngrie

Negir¹
Negri

Neigr
Neirg
Nerig
Nergi

Nreig
Nregi
Nrgei
Nrgie
Nrieg
Nrige

Geirn
Geinr
Gerin
Gerni
Genir
Genri

Grein
Greni
Grine
Grien
Grnei
Grnie

Gneir
Gneri
Gnier
Gnire
Gnrie
Gnrei

Giern
Gienr
Ginre
Giner
Giren
Girne

Engir
Engri
Enirg
Enigr
Enrig
Enrgi

Egnir
Egnri
Egirn
Eginr
Egrin
Egrni

Eingr
Einrg
Eignr
Eigrn
Eirng
Eirgn

Ergin
Ergni
Erign
Ering
Ernig
Erngi

Regin
Regni
Reign
Reing
Renig
Rengi

Rgeni
Rgein
Rgnei
Rgnie
Rgien
Rgine

Rneig
Rnegi
Rnieg
Rnige
Rngei
Rngie

Ringe
Rineg

Rigne
Rigen
Riegn
Rieng

*Ocho variaciones fonovisuales sobre el nombre
de Inger Stevens*

(1972)

(2)

REGIN
REGIN
REGIN

I
N
INGER
E
R
S
TE
V N
S

REGIN
REGIN
REGIN

-IN-IN-IN-IN-IN-IN-IN

-NS -NS -NS -NS -NS -NS

REGIN
REGIN
REGIN

Non serviam

(1972)

[en *Poesía de J. E. Cirlot, 1966-1972*, ed. Leopoldo Azancot,
Madrid, Editora Nacional, 1974]

[TODO EL PODER DE SER ESTÁ EN PERDERSE]

Todo el poder de ser está en perderse,
en deshacerse blanco entre lo blanco,
dejando entre los filos de los ámbitos
el halo de lo triste que resiste
y que en la negación tiene su fuego
de coral palpitante y general.

Morir con las entrañas en la altura,
doradas y entregadas a las fieras
que devoran los cercos del espacio,
las escarpadas brasas de lo que
se daba como eterno.

Perséfone

(1973)

[LA REINA DEL INFIERNO ME HA MIRADO]

La reina del infierno me ha mirado
con su boca que nace entre pedazos
de luz ensangrentada y envolvente.

La reina del infierno me ha tocado
con su mano de barro que se alarga
por entre las raíces de lo muerto.

La reina del infierno me permite
moverme en sus estratos aplastados
y besar sus espigas insensibles.

La reina del infierno me conduce
al campo en que las flores azuladas
crecen pero hacia abajo para siempre.

La reina del infierno me ha quemado
con sus brazos tan blancos como el odio
que siento todavía al deshacerme.

[Últimos poemas]

[1972-1973]

[«Últimos poemas», en *Poesía de J. E. Cirlot, 1966-1972*, ed.
Leopoldo Azancot, Madrid, Editora Nacional, 1974]

VISIO SMARAGDINA

Maresmer
maresmel vad
valma resdar
mares delmer

Deser verdal
vernal damer
adler es mar
verden lervad

Maresmer ver
desmeral dar
dar
ver
verd
verd smerald